

Un xacobeo particular



El bon vino de Berceo

el vino es para el invierno, y más cuando febrero saca el puñal por las tierras pardas de la Rioja, que tienen el color del hábito de fray Gonzalo de Berceo (1195-1268), el primer poeta que reclamó un vaso de “bon” vino por su trabajo de rimar con sílabas contadas. El pueblo de Berceo tiene poco que ver y debe el nombre a la planta *berceo*, que es parecida al esparto, “propia de las estepas españolas”. En una callejuela silenciosa el viajero se encuentra con el portón abierto de un almacén y dentro dos hombres mayores trasegan vino de un bocoy a una garrafa y de la garrafa a las botellas. Todo manual. El viajero está a punto de decirles con palabras de Alberti: “señores, para

el camino, dadme un vaso de buen vino”. No puede uno pasar por Berceo sin probarlo, y sin comprar un par de botellas.

—¿Con etiqueta o sin etiqueta?

El caldo es el mismo, pero con etiqueta cuesta 60 céntimos más. Hoy es raro encontrar una botella que no tenga una pegatina con adjetivos de crianza y sinestias gran reserva. Una sinestesia es trasladar una sensación a otro sentido, por ejemplo: un *verde chillón*. Pues bien, en España ya no se hace vino que no tenga un aroma claro, o un rojo armonioso, o un color aromático, o un gusto perfumado, o un sabor sin aristas...” Y la palabra “maridaje” gusta mucho: un blanco que hace buen maridaje con las ostras. Este viajero es, si acaso, un sumiller de palabras, pero no de vinos, aunque tuvo un abuelo vinatero, Gildo el de Nembra, que repartía pellejos de vino con un mulo por caseríos y aldeas de la montaña asturiana, allá por los años 50, cuando los mineros y paisanos trabajaban como mulos, y los mulos daban coces, mordían y estaban llenos de mataduras. Eran malos tiempos para todos, incluidos los mulos. El almacén de mi abuelo estaba en un sótano de la casona, al lado del río Negro, que bajaba sucio de carbón, alborotado y dando tumbos como los bebedores de los chigres a última hora del domingo. El almacén olía a pez, a humedad, a

tiempo oscuro y ácido. El vino era peleón, con retrogusto muy elemental, y venía de La Seca, de Valladolid, pero era viático de arrieros, alimentaba, quitaba el frío y curaba las heridas más amargas de la insatisfacción. El vino era tan básico y (con)sagrado como el pan, y abrigaba el alma como una camiseta de franela. Era vino en prosa, para ir tirando, como el que tiene Asunción, ni fu ni fa, como muchos días, que no son blancos ni tintos ni tienen color. Era vino en prosa, no de oda floral, como el que paladea Neruda cuando dice que “que mueve la primavera”, y que la copa es cadera de mujer y las uvas, pezones”. Debí de escribir esos versos con un par de copas de más.

Pese al gen viajero, el viajero no puede decir si el vino catado en Berceo es de uva garnacha o tempranillo porque no es un experto, no es *mojón*. Así llamaban al catador en tiempo de Cervantes. Sancho Panza se preciaba de tener olfato de perro perdiguero: “En dándome a oler cualquier vino, acierto la patria, el linaje, el sabor...”. Hoy en España los “mojones” son infinitos. Son los que en el restaurante miran la copa de Ikea al trasluz, la agitan, olfatean, mojan la lengua, dan un sorbito como una gallina en un charco, ponen cara de procesar

taninos misteriosos y, por fin, vueltos a los demás comensales pontifican: el posgusto es elegante.

En definitiva: el viajero supone que el vino que ha probado en Berceo es modesto, esforzado y pobretón, como aquellos peregrinos xacobeos que hacían noche en el convento de San Millán de la Cogolla, a media legua del pueblo. Se habían desviado en Nájera para venerar los huesos de San Millán y tal vez porque les había llegado la fama de que allí había un fraile bonachón y con cierto humor cazarro que recitaba en román paladino entretenidos milagros hechos por Nuestra Señora. Fray Gonzalo era juglara lo divino, y como los profanos empezaba sus 24 relatos reclamando la atención de los oyentes así: “Amigos e vasallos de Dios omnipotent...” Y pidiendo un vaso de vino por su trabajo. Machado lo tiene entre sus poetas preferidos porque:

El nos cuenta el repaire del romero cansado;
leyendo en santorales y libros de oración,
copiando historias viejas, nos dice su dictado,
mientras le sale afuera la luz del corazón.

Ambos son poetas y coinciden en que somos *homo viator*, caminantes, viajeros, peregrinos. Lo decía también Jorge Manrique: *partimos cuando nacemos, / andamos mientras vivimos, / y*

*llegamos / al tiempo que fenecemos; / así que
cuando morimos / descansamos.*

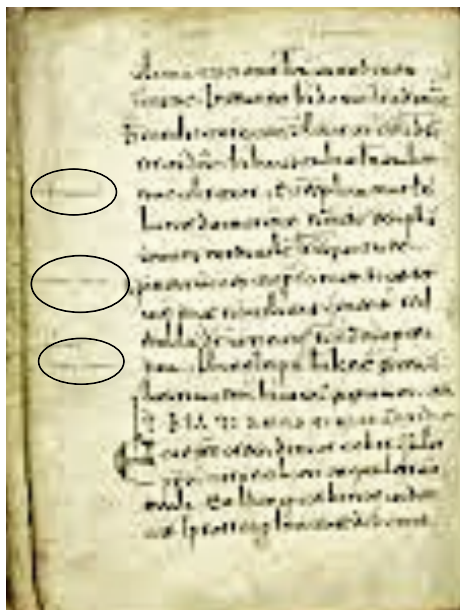


En la biblioteca de San Millán hay un manuscrito latino con las primeras palabras escritas en castellano y en vasco. Son anotaciones o glosas al margen que traducen palabras latinas de comprensión difícil.

Un milagro que gustaba mucho a los peregrinos era el de la novicia casquivana. Sí, sí, aquella monjita rezadora y tan devota de Santa María, un día conoció a un galán y se fugó con él. Arrepentida de su locura, volvió al convento al cabo de algún tiempo, y ¡oh milagro!, nadie en la comunidad la

había echado en falta porque la Virgen la había su-
plantado con la misma figura y el mismo hábito y la
misma carita angelical. Un gran milagro mariano,
sin duda.

El monasterio de San Millán de la Cogolla es hoy una formidable fábrica con una hospedería de cuatro estrellas para “repaire” (descanso) del moderno peregrino. El viajero que viene de Logroño en un Ford, y no en el coche de San Fernando, no está cansado, no tiene ampollas en los pies, no necesita mucho *repaire*, palabra traída por los peregrinos franceses y que significaba *madriguera*, refugio. Sin embargo, para serenar y purificar el espíritu el monasterio ofrece iglesia monumental, claustro austero y una biblioteca magnífica para purificar el ánimo. Contiene 10.000 volúmenes. Allí laboraban los monjes del siglo XIII



copiando manuscritos con primorosa letra gótica.

Algunos, en especial las Biblias y los libros que contenían rezos —“libros de horas”—, se ilustraban con coloridas cenefas, adornos, imágenes y letras capitales. La

de iluminar los pergaminos requería buen pulso y paciencia monacal en el silencioso *scriptorium* .

Para el cuerpo viajero el comedor de la hostería ofrece “caparrones con sacramentos”, o sea, alubias pintas con costilla, oreja y chorizo riojano. Faltará fray Gonzalo para entretener la velada con uno de sus relatos marianos, pero por ochenta o cien euros, el viajero puede hacer noche en una cámara espaciosa, nada monacal, con cama mullida, televisor plano, wifi y (con suerte) vistas a la sierra fronteriza con Soria.

Suso y Yuso

El viajero es filólogo y ha vivido de las palabras, así que por donde va busca el étimo de los topónimos y ha peregrinado a San Millán de la Cogolla porque aquí está el manantial (escrito) del castellano (y del vasco), aquí aparecieron las primeras palabras romances del español, y ya ven, lo que creció aquel venero lingüístico hasta derramarse caudaloso e inundar medio mundo. Cogolla es voz que el diccionario remite a cogulla, “hábito de monje”.

Millán, Emilio y Emiliano vienen del latín *aemilius*, que se relaciona con *aemulus*, el imitador. En este valle regado por el río Cárdenas murió en 574, a los 101 años, un Millán que de mozo había dejado un rebaño de ovejas para pasar el resto de su luenga vida imitando a los antiguos eremitas del desierto. Vivió en una cueva y trabajó duramente su cuerpo hasta santificarlo. En el lugar alzaron dos monasterios, el de Suso y el de Yuso, el de arriba y el de abajo, a un kilómetro uno del otro. Suso viene de *sursum*, (*sursum corda*, arriba los corazones) y yuso de *deorsum*, hacia abajo. El adverbio arriba ha servido para himno rojo (“Arriba los pobres del mundo...”), y grito azul, (el ¡Arriba España! de los



El monasterio riojano de Suso, en San Millán de la Cogolla, lugar del “primer vagido” –según Dámaso Alonso— del español,

espacio como a la verticalidad social, a aristócratas y criados.

El ermitaño Millán está enterrado en el monasterio de Suso. Hoy se ven las partes visigodas, mozárabes y románicas del cenobio. Es pequeño, escueto y ascético, con ese aire primitivo que predispone a la humildad y a vérselas con la manera interior de vivir el tiempo. El visitante puede ver el sarcófago del santo y, quizás con más estremecimiento, un buen montón de huesos. Los huesos nunca engañan, decía Pedro Salinas. La huesera es, al parecer, de los primeros monjes eremitas. El viajero filólogo relaciona ese montón de huesos con letras revueltas del alfabeto, porque en San Millán de Yuso se encontró un manuscrito con las primeras palabras escritas en castellano y en vasco, el primer vagido de ambas lenguas. Están anotadas al margen y entre líneas de un texto latino del siglo X. Estas glosas emilianenses son como una chuleta de estudiante. Un fraile no entendía bien algunas palabras latinas y escribió al lado su traducción en la lengua que hablaba la gente. Por ejemplo, aclara que *saeculos* es “siglos”, *dominus* quiere decir “dueño”, *non filet* es “no conviene”, *incolumes* es “sanos y salvos”. También hay palabras en euskara. En el monasterio de Suso la Academia Vasca colocó el 6 de junio de 1974

una lápida con la primera glosa en vasco, que por entonces se hablaba en buena parte de la Rioja junto con el romance. *Jzioqui dugu, guez ajutu ez dugu, algo* así como “hemos sido iluminados no tenemos bastante ayuda”. Ni hay como viajar para aprender palabras en ese mundo babélico. *